

La Articulación de las Familias con el Mercado de Trabajo, y su Impacto sobre los Adolescentes

Néstor López

*Investigador del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de UNESCO.
n.lopez@iipe-buenosaires.org.ar*

Durante la década del 90 se consolidó en la Argentina un escenario crecientemente hostil para las familias. La inestabilidad de las relaciones laborales, el aumento del desempleo y la caída de las remuneraciones llevaron a que cada vez más todos los miembros del hogar se vean en la necesidad de asumir responsabilidades en tareas que hacen al acceso a niveles mínimos de bienestar. El presente trabajo se propone centrar la mirada en el modo en que en la actualidad las familias logran insertarse en el mercado laboral, poniendo especial énfasis en ver de qué manera los adolescentes se ven afectados frente a la creciente vulnerabilidad de sus hogares. La fuente de información que se utiliza es el conjunto de las bases relevadas en todos los aglomerados del país en mayo de 1998 por la Encuesta Permanente de Hogares, incluyendo la información complementaria sobre educación de la población que fue relevada en esa oportunidad.

A este trabajo, de carácter básicamente exploratorio, subyace una doble preocupación: por un lado, y en el plano analítico, la creciente necesidad de profundizar en el estudio del conjunto de activos de las familias en el momento de explicar la dinámica de la estructura social y las condiciones de vida de la población. Esto implica superar la mirada descriptiva que propone el abordaje de las condiciones de vida que se realiza desde el análisis de la pobreza, y proponer una aproximación con un potencial explicativo más amplio. Por el otro, y ya en el campo de las preocupaciones políticas, la necesidad de profundizar en el análisis de las familias como uni-

dad de intervención de la política social ante el desafío de recomponer las redes básicas de integración social.

Un Nuevo Escenario

Hace ya más de 50 años, la Argentina optó por convertir al mercado de trabajo en el principal mecanismo de distribución de bienestar y de integración social, decisión que se expresa en la consolidación de un amplio abanico de instituciones creadas para tal fin. Por un lado, un esquema de políticas económicas que, articulando la producción de bienes para consumo interno, la protección de la industria local y un gran protagonismo de las empresas y la administración pública, creaban un escenario de equilibrio macroeconómico cercano al pleno empleo. En segundo lugar, la conformación de un derecho laboral orientado a fortalecer la relación de las personas con su puesto de trabajo, haciendo que este vínculo no quede librado a un juego de oferta y demanda en el mercado, sino que, por el contrario, sea la efectivización de un derecho de todos los trabajadores. Por último, se creó un conjunto de instituciones de reaseguro frente a toda circunstancia que lleve a cada trabajador o a los miembros de su familia a la inactividad, tales como las asignaciones familiares, la licencias por maternidad o por enfermedad, las pensiones por discapacidad o las jubilaciones.

En un escenario de estas características, donde la relación de los trabajadores con su puesto de trabajo está socialmente fortalecida y, consecuentemente, es estable, ocupar una posición específica en el mercado laboral no sólo es un factor de identidad fundamental de los trabajadores y su

familia, sino que representa además la base sobre la cual se construye sus bienestar, y sus logros materiales, culturales y sociales (Beccaria - López, 1996; Monza, 1993).

A partir de la crisis económica que se inicia a mediados de los años 70 y que se extiende hasta fines de los 80, comienza un paulatino deterioro del mercado de trabajo que, si bien no se traduce en un aumento significativo del desempleo, implica la aparición de un conjunto de expresiones de la dificultad del sistema productivo de garantizar un empleo adecuado a toda la población dispuesta a trabajar. Así, este período se caracteriza por el aumento de diferentes formas de subocupación, la precariedad en las relaciones salariales, la expansión del sector informal urbano, o la caída del valor real de las remuneraciones.

Diversos estudios realizados desde fines de los años 80 presentan el surgimiento de los nuevos pobres como la principal transformación social ocurrida durante los 15 años de crisis (IPA-INDEC, 1990; Minujin, 1992; Minujin - Kessler, 1995). Se trata de un significativo incremento de la pobreza como resultado de la caída de los ingresos que sufrieron las familias de los sectores medios a partir del deterioro del mercado de trabajo, o de los episodios de hiperinflación. Se coincidía entonces en la necesidad de revertir el escenario económico como condición para recomponer la situación social, y devolver a sus familias una calidad de vida digna.

El panorama actual pone en evidencia que el paso de un contexto de crisis e hiperinflación a otro de crecimiento y estabilidad no alcanzó para revertir esta situación. Más aún, el crecimiento de la pobreza y la desocupación son la expresión más visible de un profundo proceso de transformación de la estructura social, que trasciende a la etapa recesiva que se inició a fines de los años 90, y que se caracteriza por la consolidación de un polo de riqueza sin precedentes en esta sociedad, por la vulnerabilización de los sectores medios, y por la condena a la pobreza crónica de los sectores más carenciados, en un paulatino proceso de exclusión social.

El aumento del desempleo y del subempleo, el estancamiento en la creación de puestos de trabajo en las áreas más dinámicas de la economía, y el creciente corrimiento de los trabajadores menos calificados hacia la informalidad o la desocupación son algunos de los aspectos más visibles de las transformaciones del mercado de trabajo, creando un panorama de incertidumbre que se ve fuertemente abonado por la flexibilización de las relaciones salariales. En efecto, la utilización de modalidades contractuales precarizadoras y la permanente rotación de los trabajadores en diferentes puestos de trabajo sembraron un estado generalizado de inestabilidad laboral, y la creciente desaparición de las posiciones estables (Ferrari-López, 1993; Beccaria-López, 1996; Monza, 1998).



En este nuevo escenario, en que se rompe el lazo social implícito en la relación salarial, y en que los vínculos de los trabajadores con el sistema productivo pasan a estar regidos por las leyes del mercado, el lugar desde el cual una persona construye su bienestar y su entorno cultural y social ya no es su puesto de trabajo. El lugar de trabajo deja de ser el factor de identidad en el mundo de la producción, y ocupan ese lugar el oficio, la profesión, la calificación y la trayectoria, esto es, el currículum, la historia de vida acumulada con que se encara cada entrevista de trabajo, en cada contrato de tres meses. Hoy, las personas se ven ante la necesidad de construir el bienestar de sus familias a partir de un permanente recorrido por diferentes posiciones de trabajo, esporádicas, discontinuas o superpuestas.

Los Hogares Frente a la Vulnerabilidad

Con el deterioro de las funciones sociales del estado, la crisis de los sistemas de seguridad social y la retracción de las redes comunitarias de contención, las familias dependen cada vez más de su participación en el mercado de trabajo para poder satisfacer sus necesidades, y es precisamente esta centralidad del mercado laboral como base de sustentación social y su simultáneo deterioro el germen de la creciente vulnerabilidad, el aumento de la desigualdad y la incipiente exclusión en este país.

La capacidad de un hogar de insertarse en este nuevo escenario, y tener así una participación satisfactoria en la distribución de la riqueza, depende del conjunto de recursos de que dispone para movilizar ante las diferentes oportunidades que se presentan. En tanto el trabajo constituye la fuente fundamental de ingresos para la mayoría de los hogares, la disponibilidad de personas en edad de trabajar, y la calificación de dichas personas, constituyen el principal recurso a través del cual construir su bienestar.

Desde esta perspectiva, hay dos factores que adquieren especial relevancia: la composición del grupo familiar, y el capital educativo con el que cuentan. En efecto, cada familia, en el momento de establecer una estrategia de integración con el mercado de trabajo, se ve en la necesidad de evaluar con qué recursos cuenta. Cuántas personas en edad de trabajar hay?, qué disponibilidad tiene cada una de ellas? El análisis de la composición del grupo familiar esclarece el mapa de activos y pasivos con los que cuenta una familia al diseñar su salida al mercado de trabajo. Así, una pareja adulta significa habitualmente la disponibilidad de ambos a salir a trabajar, en tanto un niño no sólo no suele ser considerado un activo, sino que además afecta a la disponibilidad de los adultos para la actividad.

Pero además el mercado laboral se muestra cada vez más exigente y selectivo respecto a la calificación y las acreditaciones que se esperan de los candidatos a ocupar un puesto de trabajo. Esto responde tanto a una necesidad real de mayores habilidades para poder desempeñarse en procesos cada vez más complejos desde el punto de vista tecnológico, como a la posibilidad que tienen los empleadores de elevar las exigencias en un escenario de gran subutilización de la fuerza laboral. De modo que, si bien la educación no garantiza en la actualidad el acceso a un buen empleo, es posible afirmar que los buenos puestos de trabajo tienden a ser ocupados casi exclusivamente por personas bien calificadas.

La articulación de la composición del grupo familiar, en tanto factor que establece el número y tipo de recursos humanos potencialmente movilizables, y la calificación de dichos recursos configuran el espectro de oportunidades frente a las cuales tienen posibilidades de éxito. Lógicamente, la efectivización de un vínculo con el mercado de trabajo requiere además de acceso a la información respecto a las oportunidades existentes, y relaciones que permitan acceder a ellas.

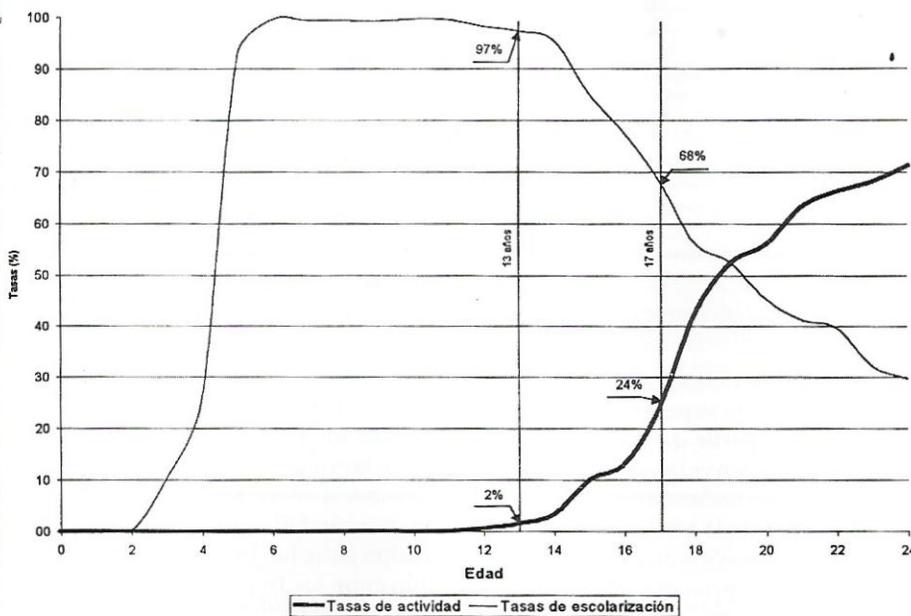
Los Adolescentes en el Mercado de Trabajo

En un escenario en que las relaciones que establecen las familias con el mercado de trabajo son inestables y discontinuas, y donde cada una de ellas se ve en la necesidad de mantener en estado de alerta todos sus recursos utilizables para hacer frente a nuevas oportunidades, cuál es el límite para establecer quién es parte de esa reserva, y quién no? Más específicamente: un adolescente, ¿forma parte del conjunto de recursos humanos potencialmente movilizables en el desafío de construir el bienestar?

A continuación se presenta un conjunto de datos que da cuenta del modo en que los adolescentes inician su transición hacia el

mercado de trabajo. El gráfico 1 nos muestra que los adolescentes de entre 13 y 17 años constituyen un grupo que engloba situaciones muy heterogéneas, y que marcan una transición entre la plena escolarización y una creciente participación en el mercado de trabajo. Los principales puntos a destacar en este gráfico son los siguientes: a) Plena escolarización en edades previas a la adolescencia: Ya desde los 5 años de edad los niños tienen una altísima participación en el sistema educativo, y en el período de 6 a 12 años casi la totalidad está escolarizada. b) La adolescencia como un período de creciente retirada del sistema educativo, e inicio de la actividad económica. En efecto, mientras entre los niños y niñas de 13 años el 97% está escolarizado, ya un tercio de los adolescentes de 17 años dejó de estudiar. En tanto, para las mismas

Gráfico 1: Tasas de actividad y de escolarización de niños y jóvenes de hasta 24 años, por edades simples. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

edades los niveles de participación en el mercado de trabajo pasan de ser de 1 cada 50 a 1 cada 4. c) Predominancia de las acti-

produce el mayor salto en los niveles de desescolarización es entre los 14 y los 15 años, aunque no es igual entre los varones

Tabla 1: Tasas de actividad, empleo, desocupación y escolarización, según edades simples por sexo, y por deciles de ingresos per cápita de los hogares. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

	Tasa de actividad	Tasa de empleo	Tasa de desocupación	Tasa de escolarización
Edades simples por sexo				
Total				
13	1,6	1,4	11,3	97,3
14	3,4	2,8	19,8	95,4
15	10,1	6,8	32,7	85,2
16	13,3	8,9	32,5	77,6
17	24,3	15,4	36,6	68,3
Total	10,7	7,2	33	84,5
Varones				
13	1,4	1,2	16,6	97,2
14	5,4	4,7	11,8	95,8
15	15,6	10,2	34,6	81,3
16	17,5	12,1	30,6	75
17	29,6	19,9	32,7	66,9
Total	14,1	9,8	30,6	83
Mujeres				
13	1,9	1,7	7,3	97,3
14	1,3	0,5	57,6	95,1
15	4,2	3,1	25	89,3
16	8,5	5,4	36,8	80,4
17	18,9	10,7	43,1	69,7
Total	7,1	4,4	38,1	86,1
Edades agrupadas, por deciles de ingreso per cápita del hogar				
Deciles 1 a 3				
13 a 15	5,3	3,2	38,9	89,5
16 y 17	23	13,3	42,3	63,5
Total	12,1	7,1	41,4	79,5
Deciles 4 a 6				
13 a 15	5	4,3	14,9	93,8
16 y 17	16,6	11,9	28,1	78
Total	10	7,6	24,3	86,1
Deciles 7 a 10				
13 a 15	3	2,9	3,3	97,9
16 y 17	10	8,5	14,9	81,8
Total	6,1	5,4	11,7	95,2

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

vidades laborales sobre el estudio, en edades inmediatamente superiores a la de los adolescentes. A partir de los 19 años de edad, las tasas de actividad económica superan a las de escolarización, lo cual consolida la imagen de la adolescencia como un período de transición en que se delimitan claramente las opciones hacia futuro de los jóvenes.

La tabla 1 nos permite profundizar en el análisis dentro del grupo específico de los adolescentes. Es importante destacar en primer lugar que el momento en que se

que entre las mujeres. Efectivamente, entre ellos la tasa de escolarización se reduce en casi un 15% en esas edades, en tanto entre las mujeres este proceso de retiro de la escuela se ve retrasado, habiendo un primer cambio significativo en la escolarización entre los 15 y 16 años, y más fuerte aún entre los 16 y los 17.

Coherente con este proceso diferencial de desescolarización, la incorporación de los varones al mercado de trabajo es previo al de las mujeres. En principio, la tasa de actividad del conjunto de ellos duplica a la

de ellas (14,1% frente a 7,1%). Por otra parte, mientras entre ellos hay dos edades en las que se verifican cambios importantes en los niveles de participación económica, a los 15 y a los 17 años, entre ellas una variación de tal magnitud en la tasa de actividad sólo se percibe a los 17 años.

Finalmente, es importante destacar que esta tendencia a dejar de estudiar e iniciarse en el mundo laboral es totalmente diferente entre los distintos estratos sociales. Entre los adolescentes pertenecientes al 30% de los hogares más pobres la tasa de escolarización ya se redujo al 89,5% entre los de 13 a 15 años, y al 63% entre los de 16 y 17. Los valores correspondientes a los adolescentes de los mismos grupos de edad que provienen del 40% más rico son 98% y 92% respectivamente.

En relación a la incorporación al mercado de trabajo, para el conjunto de adolescentes de 13 a 15 años la tasa de actividad es del 3% si pertenecen al estrato más alto, y del 5,3% si son del más bajo. Esta diferencia se

ciende en la escala social pueden interpretarse como el efecto conjunto de dos fenómenos diferentes: por un lado la pertenencia a los estratos más altos provee a los adolescentes de una red social más aceitada que les permite acceder a un trabajo en el momento en que salen a buscar. Por el otro, la iniciación en el mercado laboral de los adolescentes en los estratos más altos se da a partir de oportunidades concretas de trabajo, y no como resultado de un proceso de búsqueda, que sería el caso de los adolescentes de los estratos más bajos.

De qué modo se articula la participación de los adolescentes en el mercado de trabajo y su permanencia o no en la escuela? Tal como vemos en la tabla 2, sólo el 2,3% de los adolescentes trabaja y estudia, el 4,8% sólo trabaja, y el 10,7% no trabaja ni estudia. Si lo analizamos desagregando por edades simples debemos destacar que es casi una constante el hecho de que entre quienes trabajan son más los que no estudian, y entre los que no estudian son más los que no trabajan. Nuevamente, esta

Tabla 2: Relación estudio - trabajo en adolescentes de 13 a 17 años, según edad, sexo y deciles de ingresos del hogar. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

	Trabaja - estudia	No trabaja - estudia	Trabaja - no estudia	No trabaja no estudia	Total
Edad					
13	0,9	96,3	0,5	2,2	100
14	1,9	93,6	0,9	3,7	100
15	2,4	82,8	4,4	10,4	100
16	2,4	75,2	6,6	15,9	100
17	4,1	64,2	11,3	20,4	100
Sexo					
Varón	2,8	80,2	7,0	10,1	100
Mujer	1,8	84,3	2,5	11,3	100
Deciles ingresos per cápita del hogar					
deciles 1 a 3	1,6	77,9	5,5	15,0	100
deciles 4 a 6	2,7	83,4	4,9	9,0	100
deciles 7 a 10	3,4	91,8	1,9	2,9	100
Total	2,3	82,2	4,8	10,7	100

proporción de adolescentes desocupados es de 3,3% en el estrato alto, 14,9% en el medio y 38,9% en el bajo, y entre los de 16 y 17 años los respectivos valores son 14,9%, 28,1% y 42,3% respectivamente. Estas tasas crecientes de desocupación a medida que se des-

articulación entre estudio y trabajo es significativamente diferente según estratos sociales. Poniendo la mirada en la situación ideal de que los chicos estudien sin necesidad de salir a trabajar, entre aquellos del estrato más alto el 92% se encuentra en esta situación,

estudian, y entre los que no estudian son más los que no trabajan. Nuevamente, esta articulación entre estudio y trabajo es significativamente diferente según estratos sociales. Poniendo la mirada en la situación ideal de que los chicos estudien sin necesidad de salir a trabajar, entre aquellos del estrato más alto el 92% se encuentra en esta situación, en tanto lo hace el 78% en el más bajo. Si tomamos en cambio la situación más crítica, que es aquella en la que se encuentran los adolescentes que no estudian ni trabajan, la prevalencia es de 3% en el estrato alto, y del 15% en el bajo.

La tabla 3 permite identificar cuáles son las puertas de entrada por la cual los adolescentes ingresan al mercado de trabajo. Aproximadamente un tercio de ellos trabaja en actividades de comercio, encontrándose los servicios a personas en segundo lugar, con un 13%. La actividad de comercio no sólo es la que más adolescentes nuclea, sino que además muestra una gran sobre-representación en este grupo de edad, si se tiene en cuenta que para el conjunto de la población ocupada esta rama sólo representa el 20%. Entre quienes tienen 16 o 17 años, aparecen como sobrerrepresentados tam-

Tabla 3: Rama de actividad, categoría ocupacional, precariedad, calificación laboral, percepción de ingresos e ingresos promedio por grupos de edad. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

	Tasa de actividad	Tasa de empleo	Tasa de desocupación	Tasa de escolarización
Edades simples por sexo				
Total				
13	1,6	1,4	11,3	97,3
14	3,4	2,8	19,8	95,4
15	10,1	6,8	32,7	85,2
16	13,3	8,9	32,5	77,6
17	24,3	15,4	36,6	68,3
Total	10,7	7,2	33	84,5
Varones				
13	1,4	1,2	16,6	97,2
14	5,4	4,7	11,8	95,8
15	15,6	10,2	34,6	81,3
16	17,5	12,1	30,6	75
17	29,6	19,9	32,7	66,9
Total	14,1	9,8	30,6	83
Mujeres				
13	1,9	1,7	7,3	97,3
14	1,3	0,5	57,6	95,1
15	4,2	3,1	25,0	89,3
16	8,5	5,4	36,8	80,4
17	18,9	10,7	43,1	69,7
Total	7,1	4,4	38,1	86,1
Edades agrupadas, por deciles de ingreso per cápita del hogar				
Deciles 1 a 3				
13 a 15	5,3	3,2	38,9	89,5
16 y 17	23,0	13,3	42,3	63,5
Total	12,1	7,1	41,4	79,5
Deciles 4 a 6				
13 a 15	5,0	4,3	14,9	93,8
16 y 17	16,6	11,9	28,1	76,0
Total	10,0	7,6	24,3	86,1
Deciles 7 a 10				
13 a 15	3,0	2,9	3,3	97,9
16 y 17	10	8,5	14,9	91,8
Total	6,1	5,4	11,7	95,2

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

bién el servicio doméstico entre las mujeres y la construcción entre los varones.

Tres de cada cuatro adolescentes es asalariado, proporción que no difiere significativamente del nivel del conjunto de la sociedad. El rasgo particular en esta etapa del ciclo vital es, por un lado, que casi la totalidad trabajan «en negro», esto es, son trabajadores no registrados, y por el otro, que la proporción de trabajadores por cuenta propia es mucho más bajo, y aparece casi exclusivamente entre ellos el trabajo familiar, en que los adolescentes participan de la actividad laboral de su familia, sin recibir una remuneración a cambio.

El trabajo sin remuneración se extiende más allá del trabajo familiar, y llega a que cerca del 16% de los adolescentes trabajen sin recibir un pago a cambio. La baja calificación de las tareas que realizan como efecto de la inexperiencia laboral previa y la escasa capacitación, articulada con la situación de desventaja en la que se encuentran para negociar sus ingresos, hace que las remuneraciones de los adolescentes perceptores sean extremadamente bajas: su ingreso horario medio equivale a un tercio del ingreso medio del mercado.

Los Hogares

Del conjunto de datos presentados en el punto anterior se desprende que hay una proporción importante de adolescentes que se inicia en el mundo del trabajo, en la mayoría de los casos dejando de estudiar, y que esos adolescentes corresponden fundamentalmente a hogares de ingresos bajos. El objetivo aquí es analizar la situación de estos adolescentes teniendo en cuenta el marco familiar en el que están viviendo.

Un primer punto a considerar es que si bien la deserción escolar y la entrada al mundo del trabajo aparecen asociadas a los hogares de bajos ingresos, la lectura que aquí se propone es no considerar a los bajos ingresos como la explicación última de este fenómeno, sino que tanto la situación de los adolescentes como el nivel de ingresos de los

hogares son expresión de la capacidad o dificultad que los adultos tienen de lograr día a día una inserción adecuada en el mercado laboral. Hoy más que nunca, como efecto de la relación inestable y precaria de las familias con el mercado de trabajo, los ingresos percibidos en el último mes por los hogares son un dato de coyuntura, son expresión de los recursos disponibles y de la posibilidad efectiva de movilizarlos. Más precisamente, si bien la necesidad de que un adolescente se incorpore al mercado de trabajo resulta de los bajos ingresos percibidos por los adultos, dicho ingreso es la expresión, hoy por hoy, de la falta de recursos para poder captar, en el contexto actual, posiciones en el mercado de trabajo mejor remuneradas.

De modo que aquí el énfasis se pone en mirar la situación de los adolescentes teniendo en cuenta datos que nos reflejen de algún modo aspectos estructurales de sus familias. Retomando lo expresado en la segunda parte de este trabajo, hay dos dimensiones que deben ser aquí consideradas, en tanto configuran la dotación de recursos con los que cuentan los hogares para el acceso al bienestar: su composición, y el capital educativo con el que cuentan.

En relación a la composición del hogar, en este trabajo se hará referencia a sólo dos situaciones que se presuponen como de un impacto significativo en la posibilidad de que un adolescente deba integrarse al mercado de trabajo: el vivir en hogares monoparentales, donde la ausencia de un adulto potencialmente perceptor lleve a los adolescentes a tener que trabajar, y la existencia en el hogar de niños pequeños, quienes afectan la disponibilidad de los adultos frente a oportunidades en el mercado de trabajo. El énfasis aquí se pondrá en analizar la situación de los hogares a partir de los logros educativos de los adultos. Para tal fin, se recurre al uso de la variable conocida como «clima educativo», (CEPAL, 1998) que se construye a partir de promediar el número de años cursados por el jefe del hogar, y su cónyuge (para el caso de hogares monoparentales, sólo se considera al jefe).

El clima educativo del hogar permite dos tipos de interpretaciones. En un sentido estricto, y por definición, da cuenta de los logros educativos de los adultos. Como tal, tiene un valor analítico significativo en tanto, por un lado, define el tipo de credenciales de que ellos disponen al momento de aplicar a diferentes oportunidades en el mercado de trabajo, y consecuentemente, las probabilidades de acceder a diferentes tipos de posiciones, y por el otro, tal como se adelantó, aporta a la valoración que los adultos tienen del estudio como inversión, aspecto de alto impacto en la situación de los adolescentes.

En un sentido más amplio, el clima educativo de un hogar es expresión de todos aquellos factores que llevaron a que los adultos lleguen a diferentes niveles. Así, un hogar

en un escenario seguramente pobre. En síntesis, el clima educativo es expresión de la historia social de las familias, del capital cultural y social de que disponen, y de los recursos que portan en cada hecho de la vida cotidiana. Como diría Bourdieu, pasado que sobrevive en lo actual y tiende a perpetuarse en el porvenir al actualizarse en las prácticas estructuradas según sus principios.

La tabla 4 muestra algunos aspectos de la inserción laboral que logran los jefes de hogar en que viven adolescentes, y la de sus cónyuges, en función de su trayectoria educativa¹. En un extremo están aquellos de nivel alto. Los jefes de hogar muestran la tasa de actividad más alta (92,8%), la desocupación está por debajo del 4%, el porcentaje de trabajadores no registrados entre los asalariados

Tabla 4: Perfil ocupacional de jefes de hogar y cónyuges, según clima educativo de los hogares. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

	Clima educativo							
	Muy bajo		Bajo		Medio		Alto	
	Jefe	Cónyuge	Jefe	Cónyuge	Jefe	Cónyuge	Jefe	Cónyuge
Tasa actividad	84,6	35,1	89,4	41,8	90,6	47,3	92,8	67,2
Tasa desocupación	9,5	9,9	7,2	11,4	4,7	8,1	3,8	3,8
Tasa de subocupación	16,6	30,0	15,2	25,2	7,7	15,4	7,6	13,2
Tasa asalariamiento	65,5	62,5	68,2	67,2	68,5	70,4	63,9	77,5
Precariedad laboral	44,8	84,0	32,4	59,6	19,1	26,5	15,7	14,5
% empleos permanentes	73,1	71,5	80,3	76,6	88,8	87,6	92,9	91,6
Ingreso total medio	381	244	545	339	800	538	1541	889
Ingreso horario medio	2,4	2,4	3,2	2,8	4,4	4,0	7,8	6,6
% perceptores ingreso bajo	82,0	95,5	66,2	88,8	45,4	70,2	26,7	45,2

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

de profesionales da cuenta de una historia de vida en la cual hubo acceso a recursos que le permitieron completar sus estudios, un contexto valorativo favorable, la pertenencia a sectores de la sociedad más favorecidos, etc. En tanto que una familia donde sus adultos tienen primaria incompleta presupone una historia de privaciones y caren-

dos es del 15%, y el 93% siente a su empleo como estable. En cuanto a las remuneraciones, el ingreso medio total supera los 1500 pesos, lo cual hace que el 73% de ellos perciba un monto que es suficiente para mantener a una familia tipo (una pareja con dos hijos) fuera de la pobreza.

¹ Siguiendo la propuesta de la CEPAL en el Panorama Social, se utilizó la siguiente categorización: clima educativo muy bajo, hasta 5 años de escolarización promedio; bajo, más de 5 hasta 9; medio, más de 9 hasta 12, y alto, más de 12 años.

como la percepción que tienen respecto a la estabilidad de su trabajo. En cuanto a las remuneraciones, el hecho de que perciban un ingreso horario inferior y que los niveles de subocupación son más elevados lleva a que el ingreso total promedio sea significativamente menor que el de los jefes de hogar: casi 900 pesos. Aún así, más de la mitad está en condiciones de mantener una familia tipo fuera de la pobreza.

En el otro extremo están aquellos hogares con un clima educativo muy bajo. La situación de los jefes en estos hogares, comparada a los del nivel alto, es sumamente desfavorable. Con una tasa de actividad más baja, la desocupación y la subocupación son superiores al doble, en tanto la precariedad laboral es del triple, y la percepción de que los trabajos son estables se reducen al 73%. Las remuneraciones medias de estos jefes equivale a una cuarta parte de la de los jefes de nivel alto, por lo que sólo el 18% está en condiciones de mantener a una familia tipo fuera de la pobreza a partir de sus ingresos.

A la situación desventajosa en la que se

encuentran estos jefes de hogar se suma que el aporte relativo que hacen sus cónyuges es inferior. En principio, la tasa de actividad de estas mujeres es la mitad de la de las de nivel educativo alto. La desocupación y la subocupación son también superiores al doble, lo cual implica de que una de cada tres cónyuges en estos hogares está subocupada. Entre las que son asalariadas, el 84% de ellas son trabajadoras precarias. El ingreso medio total es inferior a 250 pesos, por lo que sólo el 5% de ellas estaría en condiciones de mantener una familia tipo fuera de la pobreza.

Como resultado de esta relación con el sistema productivo, en la tabla 5 vemos, en primer lugar, que el nivel de ingresos medios per cápita de los hogares con clima educativo alto es 4,3 veces más alto que el de los de clima educativo muy bajo. En consecuencia, la probabilidad de encontrar un hogar de nivel alto en el 30% más pobre del conjunto de los hogares es del 9%, en tanto que la probabilidad de que un hogar de nivel muy bajo se ubique entre el 30% más pobre es del 72%. La misma tabla 5 nos muestra que la relación diferen

Tabla 5: Nivel de ingresos per cápita y probabilidad de ser pobres de los hogares, y situación de los adolescentes según clima educativo de los hogares. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

	Clima educativo				Total
	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	
Situación del hogar					
Ingreso per cápita	122,9	161,4	275,6	535,6	248,3
Pobreza (*)	71,8	58,9	32,0	8,5	45,4
Situación de los adolescentes					
Total de hogares con adolescentes					
Tasa de escolarización adolescentes	69,2	83,2	94,4	98,2	86,9
Tasa ocupación adolescentes	11,2	8,8	3,4	1,7	6,5
Tasa actividad de adolescentes	18,7	12,5	5,7	2,2	9,7
Hogares con niños menores de 6 años					
Tasa de escolarización adolescentes	66,1	81,9	94,2	98,8	85,5
Tasa ocupación adolescentes	12,5	9,0	5,6	3,0	8,4
Tasa actividad de adolescentes	20,4	14,9	7,3	3,5	12,5
Hogares monoparentales					
Tasa de escolarización adolescentes	62,4	76,1	90,5	95,3	79,6
Tasa ocupación adolescentes	12,2	9,5	7,6	2,0	8,0
Tasa actividad de adolescentes	21,1	17,0	11,9	2,6	14,4

* Probabilidad que un hogar tiene de estar en el 30% más pobre de cada uno de los aglomerados.
Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

cial que logran los distintos grupos de hogares con el mercado de trabajo, y la consecuente disparidad en el nivel de ingresos logrados, lleva a que el involucramiento de los adolescentes en la construcción de bienestar es diferente: entre los adolescentes que viven en hogares de nivel alto, el 2% dejó de estudiar, y el 2,2% participa del mercado de trabajo; entre los de nivel muy bajo, el 30% dejó de estudiar, y el 18,7% trabaja o busca trabajo.

En qué medida los adolescentes se ven afectados por modificaciones en la composición del hogar? La tabla 5 nos muestra que en aquellos hogares donde hay niños pequeños, la participación de los adolescentes en el mercado de trabajo crece en todos los estratos, expresión de que la presencia de menores lleva a redefinir las modalidades de vinculación del hogar con el mercado. Sin embargo, sólo los adolescentes de los estratos más bajos muestran una mayor propensión a dejar los estudios. Mayor es el impacto que tiene en los adolescentes el hecho de vivir en un hogar monoparental. La ausencia de uno de los miembros de la pareja de adultos tiene un impacto mayor sobre la situación de los adolescentes. Por un lado, la tasa de actividad es significativamente más alta, hecho que se refleja en todos los estratos, y la

tasa de escolarización se reduce también de un modo importante, y también en hogares de todos los niveles educativos.

Otro modo de abordar el rol de los adolescentes en la producción de bienestar del hogar es poniendo la mirada en la participación de ellos como proveedores de ingresos a la familia. La tabla 6 nos muestra que, en forma global, entre los hogares con clima educativo alto, los jefes proveen el 75% del total de la masa de ingresos familiares, sus cónyuges el 17%, e hijos mayores de 18 años u otros miembros del hogar aportan el resto, participando los adolescentes con sólo el 1% del total. En el otro extremo, en hogares con clima educativo bajo, los jefes proveen el 60% de los ingresos, las cónyuges el 10, y crece significativamente la participación de los hijos mayores, y la de los adolescentes, quienes aportan el 5% de la masa total de ingresos. Si se centra la atención exclusivamente entre los hogares donde hay adolescentes que trabajan, se ve que por cada cuatro pesos que ingresan a esos hogares, dos los aporta el jefe, y uno los adolescentes, en tanto que el peso restante es el resultado de la participación de las cónyuges, los hijos mayores u otros miembros del hogar. Esta participación de los adolescentes llega al 30%

Tabla 6: Composición de los ingresos familiares según quiénes son sus proveedores. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

	Clima educativo				Total
	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	
Total de hogares con adolescentes					
Jefe	59,5	70,6	73,5	74,7	70,5
Cónyuge	10,6	12,0	15,1	17,1	13,4
Adolescentes	5,4	2,8	1,3	1,0	2,4
Hijos mayores	19,8	11,4	7,4	5,3	10,5
Otros	4,7	3,2	2,8	2,0	3,1
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Hogares donde hay adolescentes que trabajan					
Jefe	40,6	53,4	57,8	81,4	52,7
Cónyuge	6,6	6,4	8,8	8,6	6,9
Adolescentes	29,3	22,3	18,1	8,3	22,5
Hijos mayores	19,6	16,1	8,7	-	14,9
Otros	4,0	1,9	6,6	1,6	3,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

en los hogares con clima educativo bajo, y se reduce al 8% entre las familias del estrato alto.

Los Adolescentes en la Escuela

El gráfico 1 nos mostró cómo la gran mayoría de los niños de hasta 12 años de edad asiste a la escuela, en tanto que la adolescencia es el período en que se inicia el proceso de creciente retirada del sistema educativo. A los 17 años de edad, uno de cada tres jóvenes abandonó los estudios. Los factores a que aparecen asociados estos procesos de desescolarización de los adolescentes son múltiples. Por un lado, están aquellos propios del sistema educativo, y que pueden ser englobados en tres grandes dimensiones: aspectos materiales, entre los que cabe considerar la infraestructura, equipamiento y recursos humanos del sistema, aspectos político administrativos, tales como los regímenes de evaluación y promoción, o la estructura de niveles educativos. Por último, aparece un conjunto de aspectos culturales, de gran importancia para entender el fracaso escolar de los adolescentes, tales como las representaciones del personal educativo, y en especial de los docentes, respecto al por qué de la escuela para estos jóvenes, y las expectativas y la valoración que se tienen respecto a ellos.

Un segundo conjunto de factores hace a las condiciones en que los alumnos llegan a la escuela, aspecto en que se centra este trabajo. Para el caso de los adolescentes, es fundamental, tal como se adelantó, considerar el conjunto de recursos con los que sus familias cuentan para hacer frente a las exigencias tanto materiales como no materiales que resultan de la escolarización. En primer lugar implica poder sostener los crecientes gastos asociados a la educación, al mismo tiempo que se prescinde de los ingresos que el adolescente aportaría en caso de trabajar. En segundo lugar, sos-

tener la motivación sobre los adolescentes respecto al estudio, y mantener condiciones de estabilidad en el funcionamiento del hogar que no la erosionen. Es importante destacar que para que los jóvenes desarrollen la capacidad de postergar gratificaciones de necesidades inmediatas hasta alcanzar metas educativas lejanas, tanto ellos como sus padres deberán estar convencidos de que los sacrificios actuales serán recompensados por logros futuros (Kaztman, 1999).

No todas las familias se encuentran posibilidades de proveer estas condiciones a los adolescentes. En relación a los aspectos materiales, sólo lo pueden hacer aquellos hogares en que los adultos cuentan con los recursos suficientes como para acceder a oportunidades laborales que le proveen ingresos adecuados. Esto implica contar con la calificación necesaria para aplicar a puestos con buena remuneración, y el capital social que los mantenga activos e insertos en el mercado de trabajo. Respecto a la capacidad de mantener motivados a sus hijos a permanecer en el sistema educativo, es esperable que tenga más recursos quien más lejos haya llegado en la formación profesional, tanto por la experiencia propia como por el espectro de relaciones que ello implica. En la misma línea cabe considerar que un adolescente criado en un hogar con adultos de escolaridad avanzada creció en un contexto que le proveyó de recursos que le hacen más fácil la adecuación a las propuestas del sistema educativo, reduciéndose así el riesgo de fracaso y abandono de los estudios. Así, tanto por los aspectos materiales como por los no materiales implicados en la decisión de ofrecer condiciones para que los adolescentes puedan estudiar, la trayectoria educativa de los adultos aparece nuevamente como un factor central.

Los datos que se presentan a continuación permiten ver de qué modo se hace efectiva esta relación entre el clima educativo de los hogares y la escolarización de los adolescentes. La tabla 7 nos muestra que en la medida en que se desciende en el capital educativo de los hogares, el nivel de deserción es más elevado, y más temprano. Por un lado, casi

la totalidad de los adolescentes que pertenecen a hogares del nivel alto están escolarizados, en tanto que entre los del nivel más bajo un tercio abandona. Por el otro, si se analiza la serie de escolarización por edades simples se puede ver que entre los del clima alto el descenso es gradual año a año, entre los de familias de nivel medio la deserción se agudiza a los 16 años, y entre los de nivel medio bajo y bajo es a los 15 años cuando se inicia un claro incremento en la velocidad de deserción.

Así es como a los 16 años casi la mitad de los adolescentes de los sectores más bajos está desescolarizado, y a los 17, cerca del 60%. A esta edad, la probabilidad de que un adolescente del sector alto asista a la escuela es 2.3 veces más alta que la de uno del sector bajo.

res con bajo capital educativo la probabilidad de retraso es 10 veces mayor que entre los de nivel alto.

La alta valorización que tiene la educación básica por parte de la sociedad, una amplia oferta educativa y la obligatoriedad de mandar a los niños a la escuela se conjugan para que la casi totalidad de los niños estén escolarizados a los seis años, y que el ingreso tardío al sistema educativo sea insignificante. En consecuencia, la principal causa del retraso escolar la encontramos en la repitencia. El 20% de los adolescentes que asiste a la educación media repitió algún año en este nivel, porcentaje que, como es de esperar, se incrementa con la edad. Entre aquellos del nivel social más bajo, aproximadamente un 30% repitieron alguna vez, en tanto que entre los de nivel alto sólo un 6%.

Tabla 7: Tasas de escolarización de los adolescentes según clima educativo del hogar. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

Edad	Clima educativo del hogar				Total
	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	
13	91,4	96,8	99,8	99,9	97,3
14	88,2	95,9	97,3	99,4	95,5
15	69,6	80,8	97,3	98,3	85,2
16	54,1	73,2	88,6	96,3	77,6
17	41,7	59,8	85,2	93,7	68,3
Total	67,6	81,3	93,4	97,5	84,5

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

Las desigualdades en la trayectoria educativa no sólo se dan en la diferente probabilidad de abandono, sino que también entre aquellos que permanecen en el sistema educativo los riesgos a la repitencia y su consecuente retraso son claramente mayores entre los que provienen de los hogares con clima educativo más bajo. La tabla 8 nos muestra el que un 10% de los adolescentes permanecen aún en el nivel básico (más precisamente, y en función de la categorización de la Encuesta Permanente de Hogares, en nivel primario). Sin embargo, entre los provenientes de hoga-

Si bien la repitencia suele ser vivida como la antesala del abandono, es importante tener en cuenta que, por un lado, hay un porcentaje muy elevado de alumnos que repitieron y aún permanece en el sistema educativo, y, por el otro, que entre aquellos que abandonaron, sólo un tercio dice haber repetido algún año en el nivel medio. Intentar encontrar una explicación a esta clara diferenciación en la trayectoria educativa de los adolescentes según el clima educativo del hogar del cual provienen es un desafío sumamente complejo. Sin dudas la temprana inserción al mundo del trabajo de los adolescentes que pertenecen

Tabla 8: Porcentaje de adolescentes escolarizados que asisten al nivel primario, por edades simples, según clima educativo del hogar. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

Edad	Clima educativo del hogar				Total
	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	
13	56,4	27,6	18,8	5,6	25,0
14	28,5	10,8	6,1	2,7	11,0
15	17,5	6,2	3,3	0,8	6,1
16	6,0	2,4	3,0	0,7	2,6
17	5,4	1,9	0,4	0,0	1,4
Total	25,3	10,6	6,6	2,0	9,8

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

a los estratos más bajos explica una parte del problema. La tabla 10 muestra que al interior de todos los niveles sociales la participación de los adolescentes en el mercado de trabajo se traduce en indicadores educativos sumamente desfavorables. Por un lado, para el conjunto de los jóvenes de 13 a 17 años la actividad económica aparece asociada a tasas de escolarización mucho más bajas. Por el otro, ya entre los escolarizados, la pertenencia al mercado laboral se traduce en niveles mucho más elevados de repitencia y retraso.

Pero aún entre aquellos que no trabajan el paso por el sistema educativo se ve fuertemente asociado al clima educativo del hogar. Las hipótesis que se pueden plantear son múltiples, y fueron adelantadas en este trabajo. En primer lugar, participar de las tareas que hace a garantizar niveles mínimos de bienestar no necesariamente es incorporarse al mercado de trabajo. Asumir

responsabilidades domésticas tales como cuidar a los hermanos menores, ayudar en actividades que no aparecen identificadas con el trabajo por parte de los jóvenes, etc. entrarían en la misma lógica que el trabajo, en el sentido de posicionar a los adolescentes actuando como soporte del hogar.

En segundo lugar, y aún entre quienes no se ven afectados teniendo que asumir responsabilidades en el hogar, aparecen otras cuestiones que hacen a los condiciones materiales de vida, y que tienen que ver con poder acceder a los materiales de estudio, disponer de condiciones en su vivienda para poder realizar tareas, poder recurrir a actividades complementarias de apoyo escolar, etc. Por último, aparecen los factores culturales y subjetivos antes mencionados, tales como la valoración de la escuela, los hábitos culturales, etc. Ahora bien, estas diversas hipótesis apuntan en última instancia a la dotación de recursos,

Tabla 9: Tasas de repitencia en el nivel medio de los adolescentes escolarizados por edades simples, según clima educativo del hogar. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

Edad	Clima educativo del hogar				Total
	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	
13	2,8	7,1	1,5	0,0	3,6
14	18,1	19,1	13,7	3,8	14,8
15	28,9	28,3	13,7	5,2	20,1
16	41,8	36,8	23,4	12,9	28,8
17	55,5	42,7	27,3	8,4	31,6
Total	29,8	26,4	16,0	6,2	19,7

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

Tabla 10: Tasas de escolarización, retraso escolar y repitencia en el nivel medio de los adolescentes escolarizados por situación ocupacional, según clima educativo del hogar. Total aglomerados urbanos EPH, mayo 1998.

	Clima educativo				Total
	Muy bajo	Bajo	Medio	Alto	
Tasas de escolarización					
Trabaja	18,5	27,4	41,2	55,8	27,4
No trabaja	78,1	89,0	96,4	98,7	90,8
retraso escolar (2 o más años)					
Trabaja	86,5	46,0	50,1	35,7	52,9
No trabaja	39,2	23,2	12,7	5,0	19,0
Repitencia secundaria					
Trabaja	51,3	31,8	37,9	10,6	32,9
No trabaja	29,2	26,1	15,3	6,1	19,3

Fuente: Elaboración propia en base a datos de EPH - INDEC

materiales o simbólicos, con los que las familias cuentan para crear condiciones para que estos adolescentes puedan permanecer escolarizados.

Comentarios Finales

Las familias hoy están cada vez más solas. A la hora de evaluar los activos con los que cuentan para conformar las bases de su desarrollo, a ellas se les pone en evidencia la ausencia de instituciones y recursos colectivos en su haber, y consecuentemente la necesidad de hacer frente al futuro desde su soledad. Es un desafío para esta sociedad generar recursos socialmente constituidos y universalmente disponibles que compensen las desigualdades propias de las familias, y que recompongan los mecanismos de ascenso social, actualmente desarticulados.

Aquí es necesario insistir en el siguiente punto: si bien el mercado de trabajo se muestra estructuralmente incapaz de cumplir un rol protagónico como mecanismo de distribución de bienestar e integración social, la sociedad insiste en ofrecerle esta función central. En efecto, es posible afirmar que ninguna de las políticas sociales desarrolladas hasta hoy le discute esta relevancia al empleo, sino que, por el con-

trario, aparecen como complementarias o fortalecedoras del mismo. Tal vez es éste el momento de iniciar un debate en torno al desafío de desarrollar políticas sociales que dejen de estar supeditadas al empleo, limitándose a cumplir un rol de emergencia frente a los problemas ocupacionales, y que se las piense como un conjunto de instrumentos que generan integración social y bienestar a la par del empleo, y de un modo articulado con el mismo.

Uno de los objetivos de este estudio es invitar a profundizar en esta mirada, enfatizando en la necesidad de iniciar la transformación de la política social en un ejercicio de fortalecimiento de las familias, y consecuentemente, la reducción de la incertidumbre y vulnerabilidad a la que están expuestas. Es hoy una meta prioritaria restituir la estabilidad en los hogares como condición necesaria para detener este precoz proceso de incorporación al mercado de trabajo o de fracaso escolar, y devolver de este modo a los adolescentes un escenario que les permita apostar a su futuro.

Bibliografía

- Altimir, O. y Beccaria, L. La distribución del ingreso y el nuevo orden económico. Revista Socialis N° 2. Rosario, oct. 2000.

- Beccaria, L. , Carpio, J. y Orsatti, A. Argentina: informalidad laboral en le nuevo modelo económico. En «Informalidad y exclusión social». Carpio y otros (ed), Buenos Aires, FCE, 2000.
- Beccaria, L. y López, N. Sin trabajo. Bs. As. Unicef/Losada, 1996.
- Bourdieu, Pierre. Razones prácticas. Barcelona, Editorial Anagrama, 1997.
- Castel, R. Las metamorfosis de la cuestión social. Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Cepal, Panorama social de América Latina, 1998.
- Cheal, David. New poverty: Families in postmodern society. Londres, Greenwood press, 1996.
- Durkheim, E. La división del trabajo social Ferrari, A. y López, N. Contratos de trabajo y precariedad laboral. En revista ·Estudios del Trabajo N° 6, Bs. As., 1993.
- IPA - INDEC. La pobreza urbana en la Argentina. Buenos Aires, 1990.
- Jordan, B. A theory of poverty & social exclusion. Polity Press, Cambridge, UK, 1996.
- Kaztman, R. Activos y estructura de oportunidades. PNUD, CEPAL. Montevideo, 1999.
- Kaztman, R. Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social. Mimeo, 2000.
- López, N. y Minujín, A. Nueva Pobreza y exclusión: el caso argentino. Revista Nueva Sociedad N° 131, Caracas, 1994.
- Minujín, A. Cuesta Abajo. Bs. As. Unicef/Losada, 1992.
- Minujin, Alberto y Gabriel Kessler. La nueva pobreza en la Argentina. Buenos Aires, Temas de hoy, 1995.
- Monza, A. La situación ocupacional argentina: diagnóstico y perspectivas. En «Desigualdad y exclusión» Minujin (Comp) , Buenos Aires, Unicef/Losada, 1993.
- Monza, A. La evolución de la informalidad en el área metropolitana en los años 90. Resultados e interrogantes. En «Informalidad y exclusión social». Carpio y otros (ed), Buenos Aires, FCE, 2000.
- Rosanvallon, P. La nueva cuestión social Torrado, S. Estructura social de la Argentina: 1945, 1983. Ediciones la Flor, Bs. As. 1992.
- Wacquant, Loïc Parias Urbanos. Bs. As, Manantial, 2001.
- Wilson, W. When Work Disappears. NY, 1996.